

# 7

## Un jardín del horror o un parque de paz: Villa Grimaldi

Jacqueline Paulette Drouilly Yurich vivió con su familia en Temuco, en el sur de Chile, gran parte de su corta vida. La suya era una familia acomodada, de clase media, que llevaba una vida de sensibilidad y equilibrio. En su hogar se hablaba el francés como también el castellano. Su padre era miembro del Partido Socialista, su madre se regocijaba en veladas elegantes.

En 1971, en lo que se iba a evidenciar como un acto fatal, Jacqueline se unió al MIR, en parte alentada por su pareja y posterior marido, Marcelo Salinas Eytel. Su hermana menor cree que de corazón nunca fue una partidaria muy firme de la causa. En 1973 volvió a la universidad y renunció al partido. No se daba cuenta que para las fuerzas de seguridad, la DINA, nadie nunca renunciaba al MIR, sino que seguía siendo una persona sospechosa de por vida.

En 1974, mientras seguía asistiendo a clases, Jacqueline arrendó una pieza que compartía con Marcelo y una amiga. Su madre Norma Yurich recuerda:

El día 2 de agosto de 1974 contrajo matrimonio en el Registro Civil de Ñuñoa con Marcelo Salinas Eytel. Al poco tiempo se fueron a vivir a Decombe 1191, arrendando el segundo piso, con salida independiente. La casa era de una compañera de Servicio Social. Cinco días antes de ser detenida mi marido y yo los visitamos, almorzando con ellos. A las 6 de la tarde regresamos a Temuco. Esa fue la última vez que los vimos.

El día miércoles 30 de octubre de 1974, cerca de la medianoche, cuando ella hacía un trabajo para la Escuela, en la parte baja de la casa de su compañera ... llegaron dos camionetas con hombres vestidos de civil preguntando por Marcelo. Ella les dijo que no estaba y que pronto llegaría, que ella era su esposa. Entonces empezaron a interrogarla, y bruscamente la hicieron subir al 2° piso, allanando, golpeándola y cometiendo toda suerte de atropellos para saber del paradero de su esposo ... apenas pudo colocarse un abrigo de lana y un gorro cuando ellos, echándola a una camioneta, le dijeron a la gente de la casa que se llevaban a mi hija «en calidad de REHEN», mientras tomaban a mi yerno «si llegaba» (ya a esas horas había toque de queda).<sup>1</sup>

La hermana de Jacqueline, Michèle, que entonces era adolescente, se estremece al recordar esa noche del 30 de octubre de 1974, cuando alrededor de las 10:15 pm la DINA irrumpió buscando a Marcelo. Al identificar a Jacqueline, la arrastraron hacia arriba y allanaron su cuarto buscando pruebas de sus conexiones partidarias. En medio del caos, a las 11 menos 14 minutos, el despertador de Jacqueline cayó al suelo y se rompió. Hoy día el reloj y los fragmentos de su esfera de vidrio se encuentran entre las posesiones más preciadas de Michèle.

Días después, el padre de Michèle escapó a Argelia, llevándose a Michèle y su hermana Nicole consigo. Profundamente traumatizada, o como ella dice, con «una neurosis de angustia», era muy infeliz en Argelia. Dos años después tuvo que viajar a España a renovar su pasaporte, pero sin que ella supiera, en ese país se habían establecido exiliados radicales. La España franquista estaba más que dispuesta a cumplir con la exigencia de Pinochet, de negarle asilo a todo nuevo refugiado chileno. Michèle cruzó a Francia donde obtuvo asilo y permaneció hasta 1993.

Desde entonces, tal como otros que también lamentan la detención y desaparición de un familiar, la familia marca la ausencia de Jacqueline, no a partir del día desconocido en el que fue asesinada, sino del día en que desapareció. Hoy siguen sin saber dónde murió, ni si acaso estaba embarazada al momento de su muerte.<sup>2</sup> Lo único que saben es que ella estuvo sucesivamente en Tres Álamos, José Domingo Cañas y finalmente en el mejor conocido de todos los centros chilenos de tortura, exterminio y desaparición: Villa Grimaldi.

---

1 *Jacqueline Paulette Drouilly Yurich*, Memoria Viva; *Jacqueline Paulette Drouilly Yurich*, Las Mujeres de Villa Grimaldi, 19 de mayo de 2007; Arturo Alejandro Muñoz, *¿Quién asesinó a Jacqueline Drouilly?*

2 Paz Rojas, María Inés Muñoz, María Luisa Ortiz y Viviana Uribe, en *Todas íbamos a ser reinas*, Colección Septiembre, Santiago, 2002, p. 13, sostiene que Jacqueline tenía tres meses de embarazo en el momento de su desaparición, pero no todos los familiares concuerdan con este dato.



Michèle Drouilly Yurich.

Fuente: Fotografía de Peter Read, editada por Con Boekel.



El reloj despertador, roto y detenido a las 11 menos 14, simboliza la angustia que siente Michèle Drouilly Yurich ante la desaparición no resuelta de su hermana Jacqueline en 1974.

Fuente: Fotografía de Peter Read, editada por Con Boekel.

\*\*\*

Villa Grimaldi es el más infame, a escala nacional e internacional, de todos los sitios chilenos de tortura, exterminio y desaparición. Se trata del primer sitio de este tipo que fue rescatado para su conversión en un Sitio de Memoria, manteniéndolo luego a distancia de brazo de la interferencia gubernamental. Sus partidarios formaron el primer colectivo, el mejor organizado y el más cercanamente controlado por la comunidad, haciendo de Villa Grimaldi el primer sitio de este tipo en ser reconocido como Museo Internacional de Consciencia.<sup>3</sup> La exposición y el Parque por la Paz constituyen el único sitio que ha conservado algún grado de independencia duramente ganada, y el único en entrar a una segunda fase diferente de auto-presentación. Se trata del primer sitio en el que se debatieron modelos alternativos serios de creación de Sitios de Memoria y se actuó en consecuencia. Sigue siendo el único Sitio de Consciencia en Santiago con capacidad para la realización y acomodo de grandes reuniones de sobrevivientes o dolientes. Por un tiempo pareció que podría convertirse en *el* memorial de sitio arquetípico a escala nacional. Los teóricos de la cultura y la reconciliación nacional, la historia y la cultura pública, la comunicación visual, la tortura, la semiótica, el feminismo, el turismo oscuro, de la representación y la sociología, han encontrado aquí un terreno abonado para la exposición discursiva, a través de visitas al sitio, tesis, libros, artículos, simposios, seminarios y películas.<sup>4</sup> La propia «Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi» ha producido docenas de publicaciones, películas y panfletos, además de mantener un archivo y una biblioteca de historia oral.<sup>5</sup> Es posible que el Parque por la Paz de la Villa haya sido objeto de mayor cantidad de comentarios académicos y sociales que todos los demás Sitios de Memoria chilenos en su conjunto.

3 «Somos sitios, personas individuales e iniciativas empeñados en activar el poder de los Sitios de Memoria para comprometer al público en conectar el pasado con el presente para vislumbrar y dar forma a un futuro más justo y más humano.» [www.sitesofconscience.org/members/](http://www.sitesofconscience.org/members/).

4 Visitas al sitio: Nelly Richard, *Sitios de la memoria: Vaciamiento del recuerdo*, Revista de Crítica Cultural 23, 2001; Mario I. Aguilar, *El Muro de Los Nombres de Villa Grimaldi: Exploraciones sobre la memoria, el silencio y la voz de la historia*, European Review of Latin American and Caribbean Studies / Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, n° 69, octubre de 2000, 81–88; *Experta norteamericana Katherine Hite visitó Villa Grimaldi*, Villa Grimaldi; Thomas Larsen (transcripción), *The anatomy of torture – Villa Grimaldi*, New Letters 74(1), otoño de 2007–2008. Películas: Germán Liñero, *El Muro de los Nombres*, 1999; Quique Cruz, *Archaeology of Memory*, 2014; Carmen Rojas, *Memorias de una MIRista*, edición mimeografiada, Jose Miguel Bravo, Santiago, 1995. Historia oral: Mario Garcés, *Archivo y memoria. La experiencia de Archivo Oral de Villa Grimaldi*, Cuadernos de Trabajo Educativos 3(VI), n.d., c. 2010, n.p.

5 Por ejemplo, Consejo de Monumentos Nacionales, *Parque por la Paz Villa Grimaldi*, documental, n.d., c. 2006.

Es aquí donde a partir de 1974 estuvieron detenidas y fueron torturadas unas 4500 personas, y donde al menos 229 fueron asesinadas o hechas desaparecer.<sup>6</sup> A las torturas por medio de golpes y las electrocuciones, que ya les eran conocidas a los detenidos transferidos a la villa, se agregó un nuevo método. Se les metía a la fuerza, a veces de a cuatro a la vez, en celdas pequeñísimas construidas en la torre de madera que estaba cerca de la piscina, en la parte posterior del sitio.

En su duelo profundo y no resuelto por Jacqueline, a partir de 1993 Michèle participó en el colectivo que buscaba preservar el sitio, y durante más de una década aportó sus formidables esfuerzos al debate prolongado y tenso de qué era lo que debía ser inmortalizado en el sitio, y cómo y por quién. Ella insistía en que la vida de las víctimas antes de que fueran llevados a Villa Grimaldi debía ser venerada, mantenida como elemento valioso para el programa educativo o, de hecho, para la historia de lo que pasó con ellos después. Hoy día, aunque no se refleje en los nombres, su marca en el Parque por la Paz es profunda.

\*\*\*

La Villa Grimaldi era realmente una villa construida por una familia aristocrática en el siglo XIX en el borde oriental de la ciudad, tan lejos de su centro, que aún en los años 1960, en el apogeo del *western* americano, se le conocía por los taxistas como «ciudad del oeste». Famosa o célebre por sus columnas griegas importadas y su mármol de Carrara, por la década de 1960 los fines de semana en la villa se habían convertido en tardes santiaguinas, espaciosas y lánguidas, de clases de literatura, poesía, buena comida y vino tinto, en un entorno inevitablemente acompañado de prosa florida.

Este caprichoso *Espejo de Agua*, uno de los tres que existen en la Villa, tiene en su centro el *Cornetín de Fontainebleau*, del que, según se dice, en las noches de luna llena emana la música de los sueños. Creado en bronce y hierro, nadie es capaz de describir su belleza.<sup>7</sup>

En 1974, la DINA adquirió el edificio, se dice, arrestando a la hija del dueño y manteniéndola cautiva hasta que se le transfirieron los títulos de propiedad. Una vez instalada, la DINA conservó el edificio principal para su administración, pero destruyó la mayor parte del jardín construyendo

6 *Villa Grimaldi*, villagrimaldi.cl/victimas, acceso del 13 de mayo de 2013.

7 *Villa Grimaldi, historia y características de las grandes mansiones*, folleto turístico, n.d., c. 1960.

en él galpones de madera para los prisioneros y convirtiendo la torre de agua en pequeñísimas celdas de confinamiento reservadas a los que eran considerados más peligrosos. El mármol italiano y las columnas griegas desaparecieron y no se les ha vuelto a ver.<sup>8</sup> Al abandonar el sitio en 1978, los sucesores de la DINA, la CNI, comenzaron a buscar maneras de ocultar la evidencia de los crímenes cometidos allí. Aprovechando el momento, el último comandante del Cuartel Terranova, que era la denominación que la DINA había dado a la villa, inició un procedimiento para comprar la propiedad inmobiliaria como recinto de viviendas rentables. En 1987, un sector de la prensa, organizaciones de Derechos Humanos y fuerzas locales de apoyo, sobrevivientes y dolientes, logró evitar la venta para conservar el sitio.<sup>9</sup> Fue demasiado tarde: al momento de transformarse en propiedad del Estado, ya casi todos los edificios habían sido derribados. En 1991, justo un año después de la transición a la democracia, el Informe Rettig recomendaba la creación de monumentos públicos de memoria y parques para honrar a las víctimas de la Dictadura. En 1993, el gobierno moderado de Aylwin, primer gobierno elegido después de la transición a la democracia, estaba buscando maneras de aplacar a la izquierda sin antagonizar a la derecha. El financiamiento de la restauración del recinto y la construcción de un muro de la memoria respondían tanto a las recomendaciones de Rettig, como a las necesidades de la política práctica.<sup>10</sup>

Los furiosos debates, perfectamente encapsulados como «polémicas intensas», se centraban en el tipo de monumento que el recinto debía llegar a ser.<sup>11</sup> El sobreviviente de la tortura, Pedro Matta recordaba así las posiciones:

8 Jorge Escalante, Nancy Guzmán, Javier Rebolledo y Pedro Vega, *Los crímenes que estremecieron a Chile*, CEIBO Ediciones, Santiago, 2013, p. 156.

9 Como un hecho inusual para Santiago, una de las fuerzas que encabezaron las demandas por el reconocimiento del sitio era un grupo ciudadano local, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de Peñalolén y La Reina; Macarena Gómez-Barris, *Where memory dwells: Culture and state violence in Chile*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 2009, p. 51.

10 *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación* («Informe Rettig»), 1991; Victoria Baxter, *Civil society promotion of truth, justice and reconciliation: Villa Grimaldi*, Peace and Change 30(1), 2005, p. 127; Stern, *Reckoning with Pinochet*, pp. 169–71.

11 Michael Lazzara, *Tres recorridos de Villa Grimaldi*, en Elizabeth Jelin y Victoria Langland, eds, *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Siglo Veintiuno, Madrid, 2003, citado por Gilda Waldman, *La «cultura de la memoria»: Problemas y reflexiones*, Política y Cultura, n° 26, 2006, p. 5; Katrien Klep, *Tracing collective memory: Chilean truth commissions and memorial sites*, Memory Studies 5(3), 262–63.

El grupo estaba dividido en sus opiniones: una parte quería reconstruir el ex centro de tortura tal como había sido en la época en que funcionaba (lo que se probó como imposible, porque no había financiamiento suficiente como para hacerlo); otra parte quería demoler todo lo que seguía habiendo allí y construir un bello parque dedicado a la memoria de los que fueron hechos desaparecer o fueron muertos en el lugar, y finalmente otro grupo, del cual yo era parte, propuso que todos los artefactos y edificios que no habían sido destruidos por la Dictadura debían preservarse para la memoria de este país y que se construyera un parque alrededor de ellos. Esa fue la proposición a la que se llegó.<sup>12</sup>

Se asumió la agenda no explícita del gobierno, tal como más tarde resultó ser el caso en Londres 38, de homogeneizar la memoria, de mantener cualquier discusión sobre los responsables en los términos más amplios, de neutralizar los horrores del sitio, de minimizar tanto la influencia como el financiamiento de parte del gobierno de Cuba, y de refundar el sitio como punto de partida de la reconciliación nacional.<sup>13</sup> La fuerza de los sentimientos en contra de este último se puede sentir, incluso una década más tarde, en las palabras de Viviana Díaz, secretaria ejecutiva de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos:

El tiempo ha transcurrido, pero las violaciones a los Derechos Humanos siguen siendo una aberración inexcusable; la verdad de los hechos siempre ha estado aquí. Quienes vimos la terrible experiencia tuvimos que ganar los espacios, primero para convencer y luego sensibilizar a nuestros propios compatriotas de que estábamos frente a una situación nunca antes vista ... [Lo que decimos es una] sociedad que no hipoteque la justicia por miedo de los poderes fácticos. Una sociedad que se atreva a mirarnos los ojos y cuyas autoridades nos otorguen, al menos, las audiencias que solicitamos. Una sociedad que no crea que todo lo escrito en el Informe Rettig es la culminación de las búsquedas y que ahora caminamos hacia una sociedad reconciliada.<sup>14</sup>

Las memorias deberían ser personalizadas y precisas, según insistía la Corporación del Parque por la Paz de Villa Grimaldi. Osvaldo Torres, miembro de la corporación, argumentaba apasionadamente en contra de lo que pasó a ser la agenda de Estado:

12 Matta en Baxter, *Civil society promotion of truth, justice and reconciliation*, p. 129.

13 Letreros que se veían (2008) en Villa Grimaldi, se referían al apoyo financiero del gobierno cubano para el establecimiento del Parque por la Paz.

14 Viviana Díaz, *Chilean society of today in the light of human rights violations in the past*, en *A museum in Villa Grimaldi: Space for memory and education in human rights*, Seminario Internacional, agosto de 2005, Corporación Parque por La Paz Villa Grimaldi, Municipalidad de Peñalolén, Santiago, n.d., c. 2006, pp. 23, 25.

[Un] museo de la memoria y los Derechos Humanos es de una naturaleza diferente. La memoria es nuestra, los testimonios son nuestros, la multiplicidad de interpretaciones fluye a través de nuestros canales de comunicación, diferentes tipos de escuelas y conversaciones familiares. En este sentido, no es un museo de la república, que establece conferencias épicas sobre la construcción de la democracia representativa, sino más bien un pedazo de historia que contiene verdades inamovibles y diversas interpretaciones.<sup>15</sup>

Bastante claro; pero con mucha frecuencia, en la década siguiente, el derecho a expresar las «diversas interpretaciones» eclipsaría el significado de las propias «verdades inamovibles».

Las planificaciones de 1992–94 estuvieron marcadas por los temas constantes de trauma, resentimiento, ira, frustración, pesadillas y agonía de las personas más estrechamente relacionadas con los años de la Villa bajo Pinochet. ¿Qué era lo que se exhibiría? ¿Cómo debían – si acaso – presentarse los terribles acontecimientos que habían sufrido? Inicialmente, todos los guías iban a ser sobrevivientes, en el entendido de que limitarían a generalidades los relatos de lo que ellos y otros detenidos habían sufrido.

De esta manera y en medio de mucha controversia, Villa Grimaldi se estaba convirtiendo en 1995 en un refugio de paz, tranquilidad y reflexión: céspedes rodantes, una fuente, macizos de flores y una plaza abierta a conciertos y obras de teatro serían un gesto hacia el hermoso jardín que Villa Grimaldi alguna vez había sido. Una reproducción de la torre de madera, desde donde los detenidos podían oír los gritos de los hijos de los guardias en la piscina, sería reconstruida. Un modelo de dos metros reproduciría las proporciones de la villa original, que después fuera la sede del Cuartel Terranova. Entre los pocos objetos que sobrevivieron la política de tierra arrasada de la CNI se contaban la piscina como tal, un pequeño cobertizo cercano que en su momento fue utilizado para la fabricación de documentación falsa, el jardín de rosas y un árbol enorme de la pampa argentina, un ombú. Ninguno de ellos, sin embargo, jamás podrían simbolizar la tranquilidad, ya que cada uno era portador de recuerdos particularmente angustiosos. Un joven había sido ahogado en la piscina y, cuando estuvo vacía, una docena de personas habían sido metidas en ella y cubiertos con mantas durante una inspección internacional. Los

---

15 Osvaldo Torres, en *A museum in Villa Grimaldi: Space for memory and education in human rights*, Seminario Internacional, agosto de 2005, Corporación Parque por La Paz Villa Grimaldi, Municipalidad de Peñalolén, Santiago, n.d., c. 2006, p. 132.



detenidos metidos en la torre podían oler las rosas; y un guardia había sido muerto a golpes colgando del ombú. Pero en medio de las discrepancias internas, un principio se mantuvo firme: a pesar de su apoyo financiero, el Estado debía mantenerse alejado. Cuando, en 1998, los funcionarios del gobierno se enteraron de que no serían admitidos en el acto de apertura del Muro de la Memoria – que el propio Estado había financiado – enviaron un camión para llevarse todo el apoyo que habían enviado el día anterior – sillas, tarima, sistema de parlantes, incluso los refrescos. «Pero pueden quedarse con los claveles, muchachos.»<sup>16</sup>

Desde dentro de la corporación, casi todos los aspectos del diseño planeado seguían siendo cuestionados. Que sí: la torre destruida iba a ser reconstruida. Pero por cierto, decían los críticos, esto no era auténtico. Era posible que unos niños sin supervisión la usaran para divertirse y que unos turistas la usaran sólo como un buen mirador para tomar fotografías.<sup>17</sup> Del mismo modo, una línea continua que conectaba la antigua entrada de los detenidos con la torre reconstruida, atravesada por una segunda línea que conectaba la nueva puerta de entrada con el Muro de la Memoria, se diseñó en forma de cruz con el significado de «Nunca +», abreviatura de un grafito para «Nunca más». <sup>18</sup> Pero los críticos nuevamente preguntaron: ¿No será que una cruz formada de esta manera pueda confundirse con una cruz cristiana, o peor aún, implicar o alentar la reconciliación entre víctimas y victimarios?<sup>19</sup> Las buenas intenciones son propensas a errores de interpretación. En Alemania Occidental, en 1992, se instaló una escultura de una afligida madre amamantando a su hijo muerto, como elemento crucial del *Monumento central a las víctimas de la guerra y la tiranía*. Oficialmente significaba que la muerte borra todas las diferencias, pero para algunos sugería la posibilidad de honrar a los soldados alemanes en el mismo lugar que a las víctimas del holocausto. Enfrentados en 1993 a la perspectiva de que se agregara una torre de vigilancia reconstruida a una sección del Muro de Berlín, los críticos alemanes la llamaron Disneylandia.<sup>20</sup>

16 Roberto Merino, visita guiada de 2008.

17 Las predicciones fueron registradas por los autores en varios *tours*, así como por Gómez-Barris, *Where memory dwells*, p. 53.

18 *Ibid.*, p. 62.

19 Rodrigo Artegabeitia, *Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi: Una deuda con nosotros mismos*, Ministerio de la Vivienda, Santiago, 1997, citado por Waldman, p. 5.

20 Knischewski y Spittler, *Competing pasts*, pp. 168, 175.

Al unirse a la discusión en 1993, Michèle Drouilly pudo ver la fuerza de los argumentos para averiguar la verdad: en caso de que algún detenido asesinado hubiera sido enterrado cerca de la pared de ladrillos del frente del recinto, ella pensaba que era mejor excavar para averiguarlo, incluso si eso significaba su destrucción. También comprendió el significado museológico de las estructuras originales y estuvo en desacuerdo con cambios posteriores. Pensó que era un error la construcción del área de conciertos y convocatorias, ya que requería destruir uno de los brazos recientemente construido del «Nunca más». Detrás de los baños modernos, alguien había descubierto una placa erigida en la década de 1990, que contenía una lista muy incompleta de Detenidos Desaparecidos. Se consideró que era basura desactualizada. Y se eliminó. Una torre de comunicaciones de radio se había alzado encima de la entrada de los detenidos. También se eliminó. «El problema es que los chilenos somos unos amnésicos». El comité de curadores confirmó la decisión de borrar cualquier evidencia que quedara del pasado pinochetista, entre otras cosas porque la corporación deseaba crear un Parque por la Paz, y se consideró que la preservación de los restos de la torre era algo que obraba en su contra.<sup>21</sup> En pocas semanas, hasta su piso de baldosas había desaparecido. Sin embargo, diez años después, el descubrimiento de la gran escalera utilizada por la CNI para entrar a su antigua sede fue aclamado como el hallazgo más importante de todos los artefactos que quedaban de ese tiempo.

Las posiciones se polarizaron aún más después de que el parque se inaugurara formalmente en 1997. Las fotografías mostraban al muy respetado padre Aldunate encabezando una procesión a través de enormes pilas de hormigón, escombros y maleza hasta la cintura.<sup>22</sup> Las tensiones por las cuestiones más básicas de la creación de Sitios de Memoria seguían hirviendo. El guía Roberto Merino Jorquera resumió en 2008 los tres puntos de vista dominantes: la de los que apoyaban la realidad de los ojos vendados y de la parrilla, o un parque de la paz y la belleza, o bien una invitación a la sociedad civil a participar en los nuevos planes para la villa, que incluían un área de juegos para niños ¡y un campo de fútbol!<sup>23</sup>

21 Mario Aguilar, *The ethnography of the Villa Grimaldi in Pinochet's Chile: From public landscape to secret detention centre, 1973–1980*, paper presentado en la conferencia de Latin American Studies Association, Dallas, Texas, 27–29 de marzo de 2003; citado por Gómez-Barris, *Where memory dwells*, p. 68.

22 Discusión por escritores y oradores, en Dante Donoso y Coral Pey, eds, *Villa Grimaldi. Un Parque por La Paz*, Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Santiago, 1996.

23 Roberto Merino Jorquera, grabación del *tour* guiado de Villa Grimaldi, noviembre de 2008, video realizado por los autores.

Los miembros de la corporación estaban – y están – sopesando los valores relativos de la memoria, la creación de sitios, y la educación para asegurar un futuro seguro para la sociedad chilena, el tipo de emociones que querían despertar en los visitantes, el cómo hacer llegar justicia a las víctimas, como manifestación internacional de lo que los chilenos habían aprendido de la experiencia de la Dictadura, como investigación continua del pasado, según lo sugiriera el Informe Rettig, como reafirmación de los valores de la vida y la paz, fundamentales para la sociedad chilena, como emblema de esperanza, ¡o como declaración artística!<sup>24</sup>

Pedro Matta, quien había resumido los cuadrantes de opinión en 1997, creía que los guías de los *tours* con demasiada facilidad pasaban de los intereses de la reconciliación a la autocensura. En 2000, en medio de la desaprobación por parte de algunos otros miembros de la Corporación del Parque de la Paz de Villa Grimaldi, haciendo tanto de guía como de autor, diseñó un *tour* que lo colocó firmemente en las filas de los que querían presentar las vendas en los ojos y la parrilla en todo su horror.

## El primer *tour*, 2000

El *tour* de Matta comenzaba con una declaración de condena de los esfuerzos del Estado por la reconciliación:

Desde la época de la Dictadura de Pinochet, con su política férrea de cancelación de la libertad de prensa, imponiendo una censura brutal en el nombre de la «civilización cristiana» o del «modo de vida occidental», ha existido un esfuerzo simultáneo y paralelo de muchas personas de ... encubrir los crímenes cometidos durante un período de diecisiete años, hasta los años de la transición política, durante la cual varios regímenes han recordado constantemente a la ciudadanía de este país la necesidad de «perdonar y olvidar», y de «mirar hacia adelante y no hacia atrás».<sup>25</sup>

Después de mostrar a sus visitantes la ubicación de la sede administrativa y del portón de entrada, Matta les conducía al punto de llegada de los detenidos con palabras muy lejanas a toda tranquilidad, meditación, o perdón. Una de estas visitantes fue Diana Taylor, profesora de Estudios

24 Discusión por escritores y oradores en Donoso y Pey, *Villa Grimaldi*, 1996.

25 Pedro Alejandro Matta, *A walk through a 20th century torture centre Villa Grimaldi, Santiago de Chile. A visitor's guide* (en inglés), 2000.

Teatrales y Español de la Universidad de Nueva York. A ella le llamó la atención que al principio Matta hablaba solamente en tercera persona, miraba al suelo y mantenía sus emociones bajo control. Matta comenzaba:

Los agentes de la DINA secuestraban personas en plena calle y desde sus hogares, lugares de trabajo, y escuelas ... Al ser arrestada, a la persona se la introducía en la parte de atrás de una camioneta y se la obligaba a acostarse mientras subían tres agentes. Mientras uno apuntaba al prisionero con una metralleta, otro cerraba y amarraba la cubierta de lona [de la camioneta], mientras que el tercero tiraba rápidamente las muñecas de la víctima hacia detrás, atándolas entre sí y luego a los tobillos. Los ojos se les tapaban con cinta adhesiva y se le aplicaba a los ojos una venda apretada. En el trayecto a Villa Grimaldi, la víctima recibía el «ablandamiento» consistente en puñetazos y patadas. Los golpes duros se dirigían al plexo solar de los hombres y los pechos de las mujeres. Las patadas iban por todas partes. Después de ingresar por el portón y detenerse al interior de Villa Grimaldi, y en vista de la casa principal, la lona de la camioneta se abría y a la víctima se la empujaba afuera, cayendo al suelo. Una vez quitadas las amarras de los tobillos, a la víctima con los ojos vendados se la hacía encarar al «comité de recepción», en el que seis u ocho agentes la golpeaban y le daban patadas en círculo y hasta la semi-inconsciencia, después de lo cual se la arrastraba a su primera sesión de tortura. Eso le ocurrió a miles en el mismo lugar donde ustedes están parados ahora.<sup>26</sup>

Avanzando en sentido contra reloj desde la entrada principal, el siguiente punto de Matta estaba a 30 metros a la derecha:

Aquí empezaba la tortura en este lugar de la primera parrilla. En una choza con una cama de hierro, un escritorio con una grabadora, una silla, y un dispositivo de descarga eléctrica, a la víctima, todavía con los ojos vendados, pero con las manos libres, se le ordenaba desnudarse. La ropa se le arrancaba a los que se resistían. Obligada a estar tendida desnuda, la víctima era atada a la cama con las piernas separadas y los brazos a los lados. Entonces se le administraban descargas eléctricas en los genitales y otras partes del cuerpo con intensidad, frecuencia y duración crecientes. Entre las aplicaciones de la electricidad, el grupo de cuatro a seis torturadores ladraba preguntas sobre las actividades de la víctima y las de sus amigos y parientes. La sesión podría extenderse durante dos o tres horas, pero rara vez más, ya que la resistencia humana tiene sus límites.<sup>27</sup>

---

26 Ibid.

27 Ibid., pp. 9–10.

Taylor observó cómo, a los minutos de iniciado el *tour*, Matta comenzaba a actuar las escenas que estaba describiendo. Los pronombres personales cambiaban de la tercera a la primera persona, las emociones aparecían más abiertas. En su análisis de la actuación de Matta escribió:

El estar en el lugar con él comunica una sensación muy diferente de los sucesos que mirar desde arriba el modelo – acerca mucho al pasado, un pasado que de hecho no lo es. Ahora. Aquí ... yo también soy parte de este escenario ahora; yo lo acompañé acá. De repente estoy arraigada en el lugar restaurado como práctica. Mis ojos miran derecho hacia abajo, más bien en forma mimética que reflexiva, a través de sus ojos que miran al suelo. No veo nada realmente; imagino ... participo, no de los sucesos, sino de la transmisión de su relación afectiva con el lugar, escuchando su voz y siguiendo sus pasos. Mi presencia (el estar presente) no me ofrece sensación de control, ni ficción de comprensión. Él camina, él habla, él señala lugares.<sup>28</sup>

En este punto, por razones que quedaron claras más tarde, Matta detuvo su *tour* contra reloj para desviarse por el lado oriental del recinto. En su sitio 22, se detuvo en una losa de hormigón para explicar que era:

[el] área que se usaba para aparcarse las camionetas y otros vehículos después de que habían tirado su carga humana al suelo frente a la casa principal. Se traía aquí a los prisioneros después de que todas las otras técnicas de tortura habían fallado en hacerles «hablar». Desnudos, atados y con los ojos vendados, se los tiraba aquí y un camión o camioneta pasaba por encima de sus piernas, fracturando y moliendo los huesos. Las lesiones terriblemente dolorosas se añadirían a la deshidratación producida por semanas de tortura, sobre todo en la parrilla. Con la escasa dieta, la falta de atención médica, y las condiciones insalubres en las celdas, por lo general se desarrollaba la gangrena, condenando al prisionero a ser «desaparecido».<sup>29</sup>

Luego llegó a la torre de agua reconstruida y sus diminutas celdas de detención, reservadas para los que «no cooperaban». Taylor continúa:

Las celdas de aislamiento, dice, tenían solo un metro por un metro – metían a cinco hombres de pie en ese espacio. Este es uno de los pequeños semicírculos originales de ladrillos, donde a los prisioneros se les permitía sentarse cada día por cinco minutos. Se sienta. Recuerda. No dice nada.<sup>30</sup>

28 Diana Taylor, *Memory, trauma, performance*, Aletria 1(21), enero–abril de 2011, p. 70.

29 Matta, *A walk...*, p. 18. Los letteros actuales no hacen referencia a este sitio más allá de «Aquí se torturaron con vehículos».

30 Taylor, *Memory, trauma, performance*, p. 70.

El *tour* de Matta ahora doblaba hacia atrás para alcanzar su clímax, siguiendo el margen posterior hasta el muro conmemorativo con los nombres de los 229 Detenidos Desaparecidos en Villa Grimaldi. En contraste con el monumento agitado y bullicioso a las víctimas de Pinochet en el Cementerio General de Santiago, el Muro de los Nombres fue diseñado con la intención de justamente alentar tal reflexión personal, por lo que se instaló en la parte más silenciosa del terreno, entre árboles umbrosos y asientos para la contemplación.<sup>31</sup> Mario Aguilar halló que su textualidad era «abierta, expectante, exuberante, no concluyente, inquietante, exigente».<sup>32</sup> Otros, en cambio, han hallado que el muro y todo el sitio era poco informativo: «Aquí vinieron obreros, artistas, académicos. ¿Quiénes eran?»<sup>33</sup> Matta, a su vez, tenía un tercer propósito. Taylor continúa:

Quando se acerca al muro conmemorativo marcado con los nombres de los muertos (construido veinte años después de los sucesos violentos), se derrumba y llora. Lloro por los que murieron, pero también por los que han sobrevivido. «La tortura», dice, «destruye al ser humano. Yo no soy excepción. A mí me destruyeron con la tortura».<sup>34</sup>

Taylor se enteró después de que Matta repetía esta actuación llorosa – porque de una actuación se trataba – como parte de cada uno de sus *tours*. Lejos de condenarlo, ella entendió sus razones, reflexionando a la vez que, con un énfasis tal en el trauma individual, subsistía el riesgo de que:

es posible que se vacíe de política ... Al estar parados aquí, juntos, reviviendo los edificios y las rutinas, [deberíamos] dar testimonio no solo de la pérdida personal, sino de un sistema de relaciones de poder, de jerarquías y valores, que no solo permitieron, sino que requerían la destrucción de otros.<sup>35</sup>

Tal es, en efecto, una crítica común de los principales informes sobre la violación de los Derechos Humanos por parte de los gobiernos de América Latina, que tienden al relato en lugar de la explicación, a ser narrativos en lugar de forenses, privilegiando y validando las experiencias individuales de trauma y sanación, alejando la vista de las inequidades

31 Gómez-Barris, *Where memory dwells*, pp. 63–65.

32 Aguilar, *El Muro de los Nombres de Villa Grimaldi*, 2000, p. 84.

33 Antonio Traverso y Enrique Azúa, *Villa Grimaldi: A visual essay*, *Journal of Medical Practice* 10(2&3), 2009, 218.

34 Taylor, *Memory, trauma, performance*, p. 70.

35 *Ibid.*, p. 71.

de la estructura social.<sup>36</sup> Los sobrevivientes, en especial los altamente articulados y educados del MIR, han estado conscientes y preocupados por esta desconexión.

Es cierto que desde el *tour* de Matta en el 2000, gran parte de la historia oral recogida por la corporación ha reflejado las mismas experiencias personales diabólicas. Paz Rojas:

Nos llevaron de nuevo a la Villa Grimaldi. Esta vez el lugar estaba atestado de prisioneros y la situación era un verdadero infierno. Cada diez minutos sacaban prisioneros a los interrogatorios. Al cabo de una hora o más regresaban destrozados por las torturas.<sup>37</sup>

Por el contrario, otros han especulado sobre la sabiduría de este tipo de actuación. Claudio Durán estaba preocupado de que diferentes experiencias no hayan estado representadas ni en el tema de los «ojos vendados y parrilla», ni en el propio Parque por la Paz. ¿Dónde estaba la camaradería? ¿Dónde estaba la resistencia? Reflexionaba que si bien la venda en los ojos era la primera arma de control de los militares, él y otros podían mirar por debajo de ella. En los paseos al lavabo él podía sentir físicamente a los otros de la fila. *Debajo de la venda en los ojos, éramos clara y definitivamente nosotros*. Después de la tortura, él podía tranquilizar a otra víctima: *Compañero, tranquilízate*. En ocasiones, en que a los hombres se los juntaba en una celda más grande, el sentimiento era aún más fuerte, especialmente entre los recién torturados:

Lo que era realmente tuyo, mío, de todos, humanidad pura, sin disfraces. Cariño real, sin formalidades. Repartir el poco pan que podía sobrar de la comida o del desayuno. Compartir los camastros con el recién llegado, un cigarrillo recolectado por los barredores de partes de los guardias, y sentir la mirada que te daban, solo por eso. Solo por eso. Dos chupadas por cada uno. Gestos, en la superficie, revoloteando sobre un mar de humanidad.<sup>38</sup>

36 Read, *Reconciliation without history*, p. 282; Greg Grandin y Thomas Miller Klubock, *Editorial introduction*, *Radical History Review*, n° 97, invierno de 2007, 3–7.

37 Paz Rojas, María Elena Ahumada y Juanita Méndez, *Segundo Informe. Testimonios de tortura en Chile. Septiembre de 1973 a marzo de 1990*, Archivo CODEPU, Santiago, 2003, pp. 126–27, citado en Gabriel Salazar, *Villa Grimaldi (Cuartel Terranova). Historia, testimonio, reflexión*, Villa Grimaldi, Corporación Parque por la Paz, Santiago, 2013, p. 112.

38 Claudio Durán, *Autobiografía de un exjugador de ajedrez*, en Salazar, Gabriel, *Villa Grimaldi (Cuartel Terranova). Historia, testimonio, reflexión*, Villa Grimaldi, Corporación Parque de la Paz, Santiago, 2013, pp. 44–46.

Roberto Merino Jorquera recordaba que los detenidos, a los que se les ordenaba sentarse en un banco, frotaban su piel junto a la de otro detenido no identificable. Sintió la sensación de la cercanía de ambos cuerpos. *Era una sensación maravillosa de cercanía, aunque no supiéramos quién era.*

Ser recibido de vuelta al amparo y consuelo humano después de la tortura eléctrica, sin poder estar de pie, sangrando y quebrado. Y era increíble: después de todo, apenas un minuto después, te preguntaban, en voz baja: «¿Cómo está, compañero, está bien?» Y te acomodaban en la cama. Te tapaban con cualquier cosa, porque estabas tiritando. «Compañero, tranquilízate. Descansa. Y no tomes agua.»<sup>39</sup> «Y algunos, incluso, te hacían cariño en el pelo. Te trataban como a un niño ... Poco a poco fuiste sintiendo que te rodeaba un calor humano, de hombres, de mujeres, de lo que fuera, pero que, lentamente te relajaba ... Es que estabas respirando, de nuevo, humanidad. Pero tú seguías incrédulo y receloso: ¿cómo, apenas a cinco metros de distancia, habías pasado de una cámara repleta de inhumanidad, a una celda recargada de solidaridad? ¿Cómo morir y renacer en tan poco tiempo?»<sup>40</sup>

Para los intelectuales del ex MIR como Roberto Merino, recién salido de un doctorado en sociología en La Sorbonne en 2006, la derrota a la venda en los ojos era más que simplemente una manera de burlar a los guardias. La venda en los ojos era el símbolo del intento del Estado de hegemonizar su poder absoluto para subyugar el cuerpo de sus sospechosos. Las iniciativas de parte de los detenidos, tales como mirar por debajo de la venda, consolar a una víctima torturada o sentir el contacto de una piel, manifestaban resistencia a ese poder absoluto del Estado. La resistencia adoptaba múltiples formas. Los detenidos nunca dejaron de tratar de comunicarse entre sí: se podía tirar de los hilos de la venda de los ojos uno por uno para que los guardias no se dieran cuenta, con la intención no tanto de sobrevivir para contar la historia, sino simplemente para pasar el día con el apoyo de un prójimo alzado contra el poder absolutista. Poco después de haber completado su tesis, Merino escribió un artículo significativamente titulado *Memorias en busca de historia, más allá de los usos políticos de la memoria:*

---

39 Se pensaba que beber agua después de la tortura eléctrica era fatal en ciertas condiciones.

40 Claudio Durán, *Autobiografía de un exjugador de ajedrez*, pp. 44–46, reproducido en Salazar, *Villa Grimaldi (Cuartel Terranova)*, pp. 209–11.



Cuando tratamos de comprender «lo que nos ha pasado» no es para explicar lo «que nos pasó» desde analogías y generalidades que hagan aparecer una realidad mutilada. Comprender significa llevar a cabo un trabajo con rigor científico, pero que al mismo tiempo vaya auscultando para desentrañar lo que ha ido quedando escondido y objetivado en la sociedad, y buscar los significados más profundos de lo que ha ocurrido.<sup>41</sup>

Después de completar su tesis, Merino se hizo guía del *tour* en 2008. Descartando la letanía de males que Matta presentaba a los turistas, utilizaba sus teorizaciones foucaultianas para dar *forma* a la experiencia, para dar sentido a lo inexpresable, de alguna manera comprender la experiencia *más allá* de los guardias y la tortura, para enriquecer el compendio de la sociología humana.

Esto significaba, según explicó Merino a 15 turistas un tanto desconcertados en una tarde calurosa de noviembre en 2008, que deberíamos reconocer la ruptura epistemológica (quería decir, permaneciendo a nivel emocional) que habla de dolor, sufrimiento y tortura, y utilizar los términos más objetivos de castigo, internamiento y exterminio. «Además, no puedo transmitirles el dolor de la tortura, porque el dolor es individual. Todo lo que puedo hacer es explicar el significado del sufrimiento». Además, la descripción del dolor significaba el retorno del observador al poder absoluto del estado sobre sus víctimas, su disciplinamiento del cuerpo, su control panóptico sobre sus ciudadanos. Se podía pensar en los detenidos no simplemente como prisioneros, sino como «lo que conforma una categoría socio-política». El propio parque era tanto estético como simbólico. Debajo de la violencia del imperialismo yacía la estructura de la violencia cotidiana fuera de los muros de la institución. La tortura tenía lugar, sí: «justo aquí era donde la carne se tiraba a la parrilla». La «producción mercantil de las relaciones sociales» permitía una variedad de posibilidades para cada individuo, tales como frotar la piel de uno contra la de otro detenido desconocido. Los traidores, los informantes, los tránsfugas, los colaboradores negociaban su propio lugar en la estructura social. Incluso el Muro de la Memoria, sin el necesario perfil sociológico de las propias víctimas, tendía a cosificar la experiencia. Los *tours* como este no podían reproducir más que una parte reducida de la experiencia.

---

41 Roberto Merino, *Memoria, olvido y silencios de un centro secreto de secuestro*, en (editor desconocido) *Memorias en busca de historia, más allá de los usos políticos de la memoria*, Universidad Bolivariana, LOM Ediciones, Santiago, 2008, p. 91.

*Solo nosotros podemos hacerlo. Si quieren más, sáquenlo de los archivos.* «El punto esencial que quiero que recuerden», concluía ante su audiencia, «es que finalmente se trata de dolor infligido a los cuerpos.»<sup>42</sup>

Fue una actuación extraordinaria. Solo de vez en cuando Merino se había referido a su propia experiencia como detenido mirista, como parte de la experiencia «nuestra». Solo una breve pausa o una momentánea expresión lejana habían sido señal del intento prodigioso de vaciar su discurso de recuerdo personal. Tenía todas las razones para no haberlo hecho: Roberto Merino Jorquera, desconocido para el público, fue en 1998 uno de los siete individuos que presentaron una acusación contra el propio dictador Pinochet. Había sido su propia carne la que habían tirado a la parrilla. Este hombre había estado atado a una silla por espacio de varios días, con una bolsa de plástico amarrada cubriéndole la cabeza, que significaba una constante amenaza de asfixia.<sup>43</sup> En circunstancias infinitamente más angustiosas que cualquier cosa propuesta por el cientista social, sobre cuyos principios se basaba el pensamiento de Merino, por un total de 90 minutos había guiado a su público en un recorrido por Villa Grimaldi, sin haber usado nunca la primera persona singular.<sup>44</sup>

Es posible que un abogado trate de equipar al relator con los elementos que den sentido a su experiencia.<sup>45</sup> Es posible que haya historiadores que sostengan que una parte del proceso de explicación consiste en hallar alguien a quien culpar, a quien transferirle la responsabilidad, generalmente una autoridad superior, o que consiste en transformar un pasado violento en un estado de orden tal, que ya no signifique una carga para el presente.<sup>46</sup> Era como si, para los intelectuales de Villa Grimaldi, tenía que haber algo más en la experiencia, que un relato de esperanza, unión, decepción, dolor y derrota política catastrófica. *Tenía que haber un significado más allá de eso.* Michèle Drouilly, siempre subversiva, discrepaba con la interpretación de

42 Para una discusión interesante sobre el testimonio chileno del trauma, incluyendo la cosificación de uno mismo por medio del uso de la tercera persona, véase Jaime Peris Blanes, *Testimonies of Chilean exile: Between public protest and the working through of trauma*, en Colman Hogan y Marta Marín Domine, eds, *The camp: Narratives of internment and exclusion*, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle, 2009, pp. 298–319.

43 *Roberto Francisco Merino Jorquera*, en *Auto de Procesamiento de 10.12.98 contra Augusto Pinochet Ugarte*, Puro Chile.

44 Michel Foucault, *Discipline and punish: The birth of the prison*, Vintage, New York, 1975/1995.

45 David W. Peters, *A spiritual war: Crises of faith in combat chaplains from Iraq and Afghanistan*, en Cave y Sloan, *Listening on the edge*, Oxford University Press, London, 2014, p. 234.

46 Taylor Kruass, *In the Ghost Forest, listening to Tutsi Rexcapés*, en Cave y Sloan, *Listening on the edge*, Oxford University Press, London, 2014, p. 99; Mark Cave, *What remains: Reflections on crisis oral history*, en Cave y Sloan, *Listening on the edge*, Oxford University Press, London, 2014, p. 4.

Merino. Ella pensaba que se trataba de un intento equivocado, practicado también por muchos otros con estudios en el extranjero, de ajustar la historia latinoamericana a los modelos europeos. Una vez, relataba, ella le pidió a Merino que reparara la tapa de una tetera. Lo hizo y en forma muy bella, pero después ¡la tapa ya no calzaba en la tetera!

Varias mujeres, detenidas de Villa Grimaldi, llevaron sus reflexiones hacia otras direcciones bastante diferentes. Carmen Rojas se encontró a sí misma en una celda de unos 20 metros cuadrados con otras 30 mujeres en estrecha compañía. A algunas las describió como hostiles, indiferentes o desconcertadas, las que ella suponía habían traicionado entregando información o cuyas parejas lo habían hecho. Pero recordaba con gusto las sonrisas y gestos amables de otras mujeres. En voz baja, las mujeres debatían qué era lo que había ido tan mal con el experimento socialista. ¿Acaso habían adoptado la táctica equivocada? ¿O había fallado la implementación de la táctica? Todas participaban; cualquiera de ellas que no lo hiciera, corría el riesgo de ser acusada de capitulación.

Al haber estado recluidas frecuentemente en mayor número por celda, la experiencia de las mujeres parece haber sido más compartida colectivamente y sujeta a una reflexión más abierta que la de los hombres.<sup>47</sup>

Gladys Díaz Armijo, mirista y conocida periodista, habría permanecido más tiempo en Villa Grimaldi – tres meses – que ninguna otra persona. Inmediatamente a su arribo a Villa Grimaldi fue golpeada. Una voz no identificada gruñó, «Déjenme esta puta a mí». La venda sobre sus ojos estaba apelmazada con sangre antigua: «No te preocupes de eso, igual no vas a salir con vida.» Amarrada a la parrilla, una vez recuperó la consciencia y reconoció por la voz al mismo hombre que la estaba violando. Durante cada una de las diversas sesiones en la parrilla, sus gritos eran tan agudos y continuos que ella era incapaz de reconocer su propia voz. Después de cada sesión sangraba de cada orificio, además de sus senos y su ombligo. «Yo no me daba permiso de sentir el dolor ... Tanta corriente eléctrica que es difícil entender que el cuerpo la pueda soportar.» Se la obligó a mirar cómo se torturaba a su pareja. Algunos de sus huesos, rotos por los golpes, nunca han sanado. Posteriormente, Gladys Díaz, tal como Carmen Rojas, reflejaba un humanismo similar al de Claudio Durán o Roberto Merino.

---

47 Carmen Rojas, *Recuerdos de una mirista*, edición mimeografiada, José Miguel Bravo, Santiago, 1995, pp. 56–57; véase también *Chile's Villa Grimaldi remembers horror of Pinochet years* (entrevista con Lelia Pérez), Santiago Times, 7 de julio de 2013.

«La parte peor de la tortura no es el dolor físico que se sufre – yo creo que la peor parte de la tortura es que tienes que darte cuenta de una manera tan brutal que los seres humanos son capaces de hacerle algo tan aberrante a otra persona como torturarla.»<sup>48</sup> De la experiencia de Díaz surgió amor a la humanidad: «Yo creía, y aún creo, en la humanidad, pese a crímenes tan increíbles ... Gané una profunda admiración por el ser humano. Sentí una capacidad de amor tan incondicional, como nunca antes la había sentido. Y eso se queda.» Al igual que numerosas otras detenidas, ella también llevó su humanismo hacia una sensibilidad más femenina. Concluyó que «las maneras que una encuentra para defenderse son ilimitadas. Yo a veces soñaba con cosas hermosas ... Recuerdo haberme despertado por el canto de un pajarito que había afuera y cómo fui capaz de mantener el sonido del canto de esa ave en mis oídos por días ...» Díaz fue una de las pocas sobrevivientes de la prisión en la torre, después de la cual, no habiendo podido estirar sus piernas por un período tan largo, estuvo prácticamente impedida de caminar.

Para ella fue aún más significativa la experiencia colectiva. Constató que «después de compartir un cepillo de dientes casi calvo con otras 20 mujeres, una perdía toda su arrogancia». Las mujeres formaban sus propios grupos de resistencia. Hacían piezas de dominó con las magras raciones de pan. Sujetas a menos restricciones que los hombres, se celebraban mutuamente sus cumpleaños y se explicaban las recetas que habrían usado para las fiestas de celebración. Cuando no había guardias en la celda, se sacaban las vendas para saludar a antiguas amigas. «Una tenía una amiga. Una amiga especial en el absoluto límite de la capacidad y en el pleno sentido de la amistad.»

La humanidad, en esta situación confusa, consistía en no reconocer jerarquías. Solo compañerismo. Solo solidaridad. ¿Acaso no era esto, precisamente esto, la verdad esencial de nuestro proyecto de vida para nuestra sociedad? ¿Acaso eso no estaba aquí, en este momento? ¿En este lugar, en forma químicamente pura, la razón suprema de nuestra lucha? Sentir eso aquí, justo aquí, era beber el elixir de la vida.

Díaz dice: «trabajé para seguir desarrollándome y por encontrar en el alma femenina, mi propia alma. Yo siempre había trabajado con hombres y entonces quería recuperar lo mejor del alma femenina.» Juntas, muchas de las mujeres se hicieron colectivamente más fuertes que nunca. Bordaron

---

48 Thomas Wright, *State terrorism in Latin America: Chile, Argentina, and international human rights*, Rowman and Littlefield, Lanham, 2007, p. 65.

un pañuelo con la paloma del amor y de la paz, usando hilos sacados de escobas o de las mantas de la prisión. Pasaban de boca en boca la colilla de cigarrillo botada por un guardia. Compartieron los restos del budín de un guardia «cucharada a cucharada, boca a boca». Cantaron la canción infantil de Ángel Parra «Tres Alpinos»; un sábado por la noche bailaron sin música.<sup>49</sup>

\*\*\*

En este punto, Michèle Drouilly vuelve a ingresar a la historia de Villa Grimaldi como una importante curadora de sus exhibiciones actuales. Durante años, como miembro de la corporación, se había irritado por la falta de todo impulso de humanización obvia en las muestras. El Muro de los Nombres no proveía más que una fecha de muerte, aún menos que las inscripciones en el pavimento afuera de Londres 38. Aproximadamente en 2002, comenzó a persuadir a la corporación, primero, de que se estableciera una «Sala de Memoria», para retratar las vidas de las víctimas antes de su encarcelamiento – y de que se le permitiera empezar a trabajar en ello.

Las objeciones de la administración se basaban en una de esas dicotomías dolorosas con las que tantas veces nos hemos encontrado, entre los sobrevivientes y los familiares de los desaparecidos. La muerte de Jacqueline, tal como la de cualquier persona llevada a Villa Grimaldi y cuyo paradero se desconocía, no estaba confirmada, ni se había hallado su cuerpo. Ella solo estaba «desaparecida». Aparte de estar en el Muro de los Nombres, ella y el resto de los Detenidos Desaparecidos no estaban en ninguna parte. Con pasión, pero fríamente, Michèle analizó el recinto. «Ustedes, los sobrevivientes», le dijo al comité,

son los vencedores. Yo represento a los vencidos, los detenidos-desaparecidos. *¿Dónde estamos representados? No tenemos a dónde ir.* A ninguna parte. Si ustedes quieren que esto no vuelva a pasar, tienen que permitirle a la gente empatizar, y la manera más directa de hacerlo es a través de los objetos de su vida cotidiana.

49 Sacado de Díaz, entrevistas, en Luz Carmen Castillo, *La flaca Alejandra*, documental, 1993; véase también Tamara Vidaurrázaga Aránguiz, *Mujeres en rojo y negro*, Ediciones Escaparate, Santiago, 2006, pp. 302–14.

El comité, compuesto en su mayoría por varones, cedió, en opinión de Michèle no en último término porque habían sido, por tanto, avergonzados por una mujer.<sup>50</sup>

La «Sala de la Memoria» de Michèle iba a ser tan personal e individualizada como no lo era el resto de la exhibición. Dieciocho meses más tarde, instalada en lo que probablemente haya sido una bodega de la piscina adyacente, sus colecciones estaban listas y las colas para entrar a ver los objetos eran enormes. En el muro exterior, ella invocaba las emociones de sus visitantes en una majestuosa retórica hispana, imposible de traducir:

En la actualidad esta pieza debe servir de evidencia del paso de mujeres y de hombres, hoy Detenidos Desaparecidos o ejecutados en este lugar.

Los objetos expuestos son originales y hablan de aquellos aspectos de la vida que a veces por simples se olvidan.

Las personas a quienes aquí se les hizo desaparecer o fueron asesinadas amaron, crearon, cantaron, rezaron, lloraron, jugaron, escribieron, leyeron, y sobre todo lucharon por un mundo mejor ... Es decir, vivieron de la misma manera que lo haces tú o aquellos que tú amas.

Te invitamos a entrar aquí con respeto para que conozcas algo más de lo que fueron de sus vidas.

De entre las más de 200 víctimas elegibles para estar representadas, Michèle Drouilly seleccionó a unas 30 sobre la base de un muestreo de cada uno de los principales partidos políticos de izquierda. Le escribió a los familiares de cada uno, pidiendo que se pusieran a disposición objetos y cosas memorables, para luego exhibirlas, junto con su historia personal, en vitrinas. Cada familia respondió de manera diferente, algunos ignorando el pedido, algunos enviando los objetos, y otros invitando a Michèle a visitarlos. La mujer de un Detenido Desaparecido estaba tan traumatizada que nunca había visitado Villa Grimaldi, y le solicitó a un amigo que fuera a entregar los objetos. Una se demoró tanto que su padre desaparecido, y famoso, sigue hasta ahora sin estar representado.

Varias de las leyendas de la exposición de Michèle Drouilly reiteraban la autenticidad de cada uno de los objetos mundanos: no eran arquetipos, ni sustitutos, sino cada artefacto de importancia preciosa y diaria *porque* pertenecían a uno de los desaparecidos. Una y otra vez tuvo que subrayarles

---

50 Esta sección se ha sacado principalmente de Michèle Drouilly, entrevista, 4 de abril de 2015.

a los donantes que no quería sus propios testimonios o poemas. «Este es el espacio de ellos, no el suyo.» Tuvo que devolverles varios. Los objetos, en cambio, eran sagrados. Cartas, un cinturón, una foto de pasaporte, *La Isla del Tesoro*, una máquina de afeitar, la cuchara con la que alguien siempre revolvió su mate. La excepción a su insistencia de requerir objetos originales fue el gabinete que contenía algunos objetos hallados: arena de playa, conchas, un dedal, una cinta para el pelo y fotografías suministradas por la familia, y una carta. Su autora era Marta Lidia Ugarte Román, alta dirigente del Partido Comunista, detenida el 24 de agosto de 1976 y, por breve espacio de tiempo, en la torre de Villa Grimaldi. Su cuerpo quebrado, torturado y mutilado, lanzado desde un helicóptero de las fuerzas de seguridad, apareció varado en una playa a 182 kilómetros al norte de Santiago. Evidentemente el trozo de riel de ferrocarril atado al saco que contenía su cuerpo se había soltado, permitiéndole al cuerpo flotar y llegar a la playa.<sup>51</sup> A unos 15 años de la muerte de Marta Ugarte, Michèle recogió estos objetos de la misma playa donde había aparecido su cuerpo. Otra víctima cuya muerte tuvo un gran significado para los sobrevivientes de Villa Grimaldi fue Carlos Alberto Carrasco Matus, conocido como Mauro, un conscripto de 21 años de edad de tendencia de izquierda, que tuvo la mala suerte de ser destinado a la guardia de Villa Grimaldi.<sup>52</sup> De él se sabe que expresó palabras de consuelo y que pasaba de contrabando comida adicional para los detenidos. Al ser descubierto, lo ataron al ombú que había sobrevivido desde la graciosa época previa a Pinochet y lo azotaron con cadenas hasta la muerte. De su familia, Michèle recogió media docena de fotografías, su insignia del ejército y la camisa que llevaba el día de su arresto.

Naturalmente es la sección dedicada a su hermana Jacqueline a la que Michèle se ha dedicado con más amor y pena. Por encima su nombre, reprodujo un epigrama de Benedetti:

Están en algún sitio, nube o tumba  
están en algún sitio, estoy seguro  
allá en el sur del alma

51 *Marta Lidia Ugarte Román*, Memoria Viva; Mark Ensalaco, *Chile under Pinochet: Recovering the truth*, University of Pennsylvania Press, ebook, 2010, pp. 87–88. Similarmente al escenario obsceno inventado por la DINA después del asesinato de Lumi Videla Moya, la prensa conservadora especuló que ella había sido descuartizada por un maniaco sexual, o hasta por su amante.

52 *Carlos Alberto Carrasco Matus*, Memoria Viva; Steve Stern, *Remembering Pinochet's Chile: On the eve of London, 1988*, Duke University Press, Durham, 2004, p. 79.



Jacqueline Paulette Drouilly Yurich.

Fuente: Personal collection Michèle Drouilly Yurich.

### Bajo el epígrafe

Jacqueline Paulette Drouilly Yurich

Detenida desaparecida a los 24 años, junto a su marido, Marcelo Salinas Eytel, el 30 de octubre de 1974

Fue vista por numerosos testigos en este lugar.



Michèle comenzaba:

Los objetos contenidos en la vitrina son originales y le pertenecieron. El color y la textura del papel de fondo evocan el chaleco tejido por ella, que se puso al ser llevada a un destino desconocido.

El género es parte de la funda de su almohada, sobre la cual Jacqueline, si no hubiese sido detenida, habría posado su cabeza esa víspera del 31 de octubre.

Los fragmentos, es lo que queda de un vaso de cerámica que ella cuidaba mucho y que fue encontrado roto, en el suelo de su casa, en los días posteriores a su detención.

El libro [*La isla del tesoro*], Jacqueline lo leía con mucho agrado, cuando estudiaba en el Colegio Alemán de Temuco.

Los hilos de bordar permanecieron intocados en su costurero hasta ahora.

Las pequeñas floritas, son restos de un vestido de cuando era niña.

La foto de ella levantando un brazo, lleva escrito en el reverso «Para Marcelo, en la cuesta de Lastarria, como la Estatua de la Libertad».

Y su foto de niña pequeña es la única que se conserva, una pequeña foto de una niña feliz.

Jacqueline, tu presencia permanece entre nosotros.<sup>53</sup>

No se exhibe el reloj con su esfera rota, sus manecillas detenidas a las 11 menos 14 de la noche. Permanece en poder de Michèle.

Sin embargo, creía que su trabajo de duelo y recuerdo aún no estaba completo.

---

53 Véanse también las amplias entradas sobre la vida de Jacqueline Drouilly en línea, tales como Memoria Viva, [www.memoriaviva.com/English/victims/drouilly.html](http://www.memoriaviva.com/English/victims/drouilly.html).



El Ombú, Villa Grimaldi. No lleva letrero alguno. Solo la «Sala de la Memoria» de Michèle Drouilly da cuenta de lo que ocurrió aquí.

Fuente: Fotografía de Peter Read, editada por Con Boekel.

Aparte del ombú, el principal sobreviviente de la villa original era el jardín de rosas. El comandante del Cuartel Terranova mantuvo las rosas porque a sus visitantes de la piscina en los fines de semana les gustaban. Irónicamente, tenían una significación aún mayor para los detenidos, especialmente para los de la torre cercana, ya que podían reconocer su perfume cuando todos los demás sentidos se desvanecían. Nuevamente Michèle vio su oportunidad y propuso a la corporación que no solo se debía preservar el jardín, sino que a las familias de cada una de las 36 Detenidas Desaparecidas de Villa Grimaldi debía invitárseles a plantar allí una rosa en su honor. Alguien, en vez de eso, sugirió un árbol: No, respondió ella, habría demasiado disentimiento sobre los tamaños. Una vez conseguido, invitó a los familiares de otras mujeres asesinadas o desaparecidas en otras partes de Chile hasta 1980 a participar, y a continuación a los de los ejecutadas o desaparecidas en todo el período de la Dictadura.<sup>54</sup> Más de

---

54 Véase el jardín de rosas en Carmen Gloria Soto Gutiérrez, *Hoy un parque para la paz... ayer, un lugar para la muerte. Villa Grimaldi, ex Cuartel Terranova. Chile, 1974–1978: Un espacio para la memoria colectiva*, Revista Sans Soleil – Estudios de la Imagen, No. 4, 2012, pp. 224–42.

150 rosales de todos los colores y tipos de flor ahora hacen flotar su olor a sólo unos metros de los pequeños objetos contenidos en la caja de cristal de Jacqueline.

Jacqueline tenía ahora su Sitio de Memoria junto a las otras mujeres del jardín de rosas – ¿pero dónde estaba su cuerpo? La única pista era el terrible destino de Marta Ugarte, cuyo cuerpo se había liberado del trozo de riel, diseñado para hacer que se hundiera, antes de flotar a la orilla. Los rumores de que la eliminación masiva de cuerpos drogados o muertos en el mar había continuado hasta 1978, se confirmaron de manera sensacional después de que investigaciones submarinas descubrieron fragmentos de hierro oxidado en el fondo de la bahía de Quintero, cerca de Valparaíso. A pesar de no haber iniciado el proyecto, Michèle participó en la elaboración de las solicitudes al Ministerio del Interior para que los restos fueran puestos bajo el cuidado de la Corporación Villa Grimaldi, para su conservación y exhibición. En aquellos días, antes del Museo Nacional de la Memoria y de los Derechos Humanos, parecía que nadie en el ministerio sabía qué hacer con ellos: llegaron a Villa Grimaldi, un día por *courier*, envueltos en un paquete.<sup>55</sup> En su mayoría, los restos fueron albergados en una estructura en forma de cubo de color cobre equilibrado sobre una esquina, tal vez para que pareciera que se había dejado caer desde gran altura. Los visitantes ingresaban, no más de ocho a la vez. El silencio del interior obscurecido solo era roto por el sonido grabado del mar. Poco a poco la luz tenue le iba revelando al visitante los fragmentos oxidados, algunos no más grandes que una caja de fósforos, algunas piezas más grandes y reconocibles de rieles ferroviarios. En un gesto humanizador, que Michèle Drouilly aprobó sin dudar, un botón descansaba sobre un trozo de hierro, tal y como había sido supuestamente encontrado muchos metros bajo la superficie. Para la nueva exhibición, Michèle escribió en el folleto que aún hoy se sigue entregando a cada visitante, «la evidencia única de esta forma monstruosa de la aniquilación aplicada a cientos de presos de la Dictadura».<sup>56</sup> No resultaba difícil imaginar que Jacqueline había compartido el destino de Marta Ugarte.

55 El Museo de la Memoria y los Derechos Humanos fue inaugurado en 2010, [www.museodela memoria.cl/](http://www.museodela memoria.cl/).

56 Anon. [Michèle Drouilly], *Testimonio Rieles*, Corporación Parque de la Paz Villa Grimaldi, panfleto, n.d., c. 2008.

La llama arde, pero Michèle Drouilly, como todos los demás miembros mayores de la corporación, siente su edad. Alguien le escribió sugiriéndole un nuevo jardín de rosas en recuerdo de los desaparecidos varones. «Buena idea. Vaya y hágalo». Renunció a intentar organizar el 40º aniversario de la desaparición de Jacqueline junto a sus hermanas: demasiado trauma, demasiadas diferencias de opinión, demasiados recuerdos de conflictos familiares sin resolver, que habían florecido no antes de 1974, sino después. «Simplemente no tuve el corazón de hacerlo». Y el más sagrado de todos los objetos, el reloj roto de Jacqueline, permanece firmemente en su poder.

Los esfuerzos de Michèle de humanizar a los que ella llama «los vencidos», esto es, los Detenidos Desaparecidos y los Ejecutados Políticos, habían subvertido silenciosamente las prioridades de todos los Sitios de Memoria que hemos considerado hasta aquí. Su *Sala de la Memoria* demandaba que Jacqueline y los demás fueran reconocidos, no como ideólogos, víctimas, héroes, mártires, miristas, comunistas o socialistas, sino como gente común y corriente con sueños extraordinarios, con una larga vida de promesas por delante. Su exhibición despolitizaba y después recreaba sus vidas para valorarlos como individuos, no ejemplares. Sin que en ese momento nadie se diese cuenta, su insistencia apuntaba hacia una nueva dirección en la creación de Sitios de Memoria, que se haría mucho más aparente cinco años más tarde.

This text is taken from *Sin Descansar, En Mi Memoria: La lucha por la Creación de sitios de memoria en Chile desde la transición a la democracia*, by Peter Read and Marivic Wyndham, published 2017 by ANU Press, The Australian National University, Canberra, Australia.